



Año de nuestro señor de 1571. La situación era grave. El Imperio Otomano continuaba su expansión en el Mediterráneo, a pesar de serios reveses sufridos como consecuencia de la férrea defensa de los diferentes estados cristianos, como en el rechazo de la invasión turca de Malta en el año 1565. La invasión de Chipre en 1570 había, por fin, provocado la reacción que condujo a la creación de una nueva Santa Liga, formada por España, el Papado, la república de Venecia y otros estados italianos menores. El papa Pío V había tenido que emplear sus mejores artes diplomáticas para formar una alianza en la que Venecia ponía la mayor parte de los barcos, pero España, para la que la campaña podía significar además la eliminación de la amenaza de apoyo musulmán a los moriscos, recién desbaratada una rebelión en las Alpujarras, y una reducción de la piratería berberisca, ponía la mayor parte de los soldados y, en su conjunto, una fuerza mayor, como correspondía a su papel hegemónico en la geopolítica de la época. En atención a ello el papa, mando supremo de la Liga, nombró generalísimo a don Juan de Austria, hermano de Felipe II.

La tarea, derrotar a la flota turca, era formidable, pues para la conquista de Chipre se había armado en Constantinopla un gran número de galeras y galeotas, bastantes más de doscientas, y de todo el imperio habían llegado soldados para dotarlas hasta reunir una flota de unos cuarenta mil hombres. Frente a ella, la Liga consiguió formar una armada con menor número de embarcaciones, y bastantes de cuyos soldados eran bisoños. Afortunadamente, el conjunto atesoraba suficiente pericia militar y marinera, adquirida en las muchas ocasiones en que habían guerreado con diferentes enemigos, entre ellos el Turco. En particular, las galeras cristianas estaban más protegidas y mejor armadas, gracias a la evolución que la tecnología de construcción naval y del desarrollo de la artillería y el armamento de mano que se había producido en España e Italia.

Don Juan tenía escasa experiencia naval, pues había navegado apenas una campaña de pocos meses como capitán general de la mar, pero armado del consejo de experimentados generales, dirigió la flota combinada con firmeza y acierto. Especialmente afortunada fue la decisión de mezclar los barcos de las diferentes escuadras a la hora de hacer la formación de combate. Las galeras de cada nación coaligada se mezclaron en el centro, las alas, y la reserva, de forma que se evitó lo que en ocasiones anteriores había sucedido, la falta de confianza de unas escuadras en otras. Además don Juan logró que Venecia aceptara el embarco de tropas españolas en sus galeras. La armada aliada resultó así más firme y cohesionada.

A la hora de la batalla, descubiertas las fuerzas enemigas respectivas, que en ambos lados se habían supuesto menores, sonó la hora de la voluntad de vencer que multiplicara las fuerzas de que se disponía por cada lado. La armada cristiana procedente del norte entró en el golfo de Lepanto al tiempo que la otomana salía desde su fondo hacia mar abierto. Las galeazas venecianas, desplegadas delante de la formación cristiana, fueron las primeras que entraron en combate con su superior artillería, logrando desbaratar en cierto grado las líneas turcas. El ala izquierda cristiana que mandaba el veneciano Barbarigo, se batió fieramente contra la derecha enemiga, que trataba de deslizarse entre aquella y la costa en un movimiento envolvente que permitiera el ataque por la retaguardia cristiana. Al coste de serias pérdidas, y gracias a la pericia marinera de sus capitanes y tripulaciones y a la combatividad de sus tropas, las galeras turcas fueron sucesivamente derrotadas o arrojadas contra la costa, y comenzó a fraguarse la victoria. El ala derecha cristiana se tuvo que enfrentar a la gran inteligencia y capacidad de maniobra y combate de la escuadra de Uluch Alí, quien con una hábil maniobra logró abrir un espacio entre el centro y la derecha cristianos. Por él se lanzó al ataque de la banda derecha del centro cristiano lo que puso en serio riesgo la integridad de este. En el centro de la batalla se encontraron frente a frente los cuerpos principales de ambas armadas. Las galeras de los dos mandos supremos se enzarzaron una con otra, creando el centro de gravedad de la batalla pues del resultado de aquel enfrentamiento iba a resultar quien sería el vencedor. La galera Sultana de Alí Pachá abordó a la Real de Juan de Austria tomando la iniciativa del abordaje, y la situación se tornó crítica para las armas cristianas. En este momento la actuación de la reserva que mandaba don Álvaro de Bazán ayudó enormemente a inclinar la balanza hacia la Santa Liga al enviar galeras y soldados de refresco a uno y otro de los escenarios relatados. En la Real, donde asistían al generalísimo y luchaban don Luis de Requesens y Alejandro Farnesio, los soldados del tercio de Figueroa lograron repeler el ataque y aún abordar a la Sultana. Al final la cabeza del capudán Pachá se pudo ver alzada en la punta de una pica, los turcos perdieron el ánimo, y por toda la flota se oyó resonar el alborozo de que la batalla era ganada. Y lo fue de una manera rotunda.

De la flota turca solo pudieron volver a Constantinopla un puñado de galeras por más que hubieran conseguido llevarse el estandarte de la Orden de Malta. Las pérdidas de la armada cristiana fueron mucho menores y sus galeras entraron en Mesina remolcando sus presas con los estandartes en el agua. El orbe católico respiró primero aliviado, y sus ciudades y villas hicieron repicar las campanas de sus iglesias para celebrar la victoria de la batalla que significó, al menos a sus ojos, la salvación de su fe.